

Primer Domingo de Adviento B2020

Quiero comenzar la homilía de hoy con una evocación de una experiencia de vida. Imagínese lo vergonzoso que sería para una niñera cuando los padres, al regresar de una fiesta una hora antes de lo esperado, la encuentran dormida y los niños corriendo por toda la casa. Tal situación podría conducir no solo a una reprimenda, sino incluso a la pérdida del trabajo. Esto es exactamente lo que las lecturas de hoy nos traen a la conciencia en este primer domingo de Adviento al invitarnos a estar alerta.

¿Por qué debemos estar atentos y alerta? Porque, como el pueblo de Israel, existe un peligro permanente, para nosotros, de olvidar la situación pecaminosa en la que nos encontramos y todos los pecados reales que nos rodean. ¿Quién puede salvarnos de tal situación a menos que sea Dios mismo?

De hecho en los momentos oscuros de la historia de Israel, el profeta Isaías ya percibió que solo Dios los salvaría. Por eso, como escuchamos en la primera lectura, le suplicó: “Tú, Señor, eres nuestro padre y nuestro redentor. ¿Por qué, Señor, nos has permitido alejarnos de tus mandamientos y dejas endurecer nuestro corazón hasta el punto de temerte?”

Al comienzo de este tiempo de Adviento, cuando nuestro mundo es golpeado con el Virus Corona, este texto de Isaías toma un tono particular para recordarnos nuestra verdadera plaga y la necesidad de nuestro Señor de venir liberarnos. Tal deseo está en la línea de lo que vivieron los israelitas en los momentos oscuros de su vida. De hecho, en ese momento, el profeta Isaías ya percibió lo importante que era para el Señor regresar y residir nuevamente con su pueblo: “Vuélvete por amor de tus siervos, a las tribus que son tu heredad”, el profeta dice.

Además de esta súplica del profeta, también estaba la confesión de los pecados del pueblo: “Somos pecadores; todos nos hemos vuelto como personas inmundas, todas nuestras buenas obras son como trapos contaminados; todos nos hemos secado como hojas, y nuestra culpa nos arrastra como el viento”.

Reconociendo nuestra propia situación pecaminosa y debilidad, ¿cómo no podemos desear que esta oración sea nuestra al comienzo de este tiempo de Adviento? ¡Cuán profundamente tenemos que anhelar el regreso del Señor! El Adviento, en efecto, es un tiempo en el que invocamos al Señor para que venga a convertirnos y a crear en nosotros un corazón nuevo, capaz de seguir sus caminos y sus preceptos.

Sin embargo, el Evangelio de hoy nos recuerda que como llegue el “redentor”, debemos permanecer vigilantes para poder recibir su salvación, porque no sabemos el tiempo en que vendrá; desconocemos el lugar y las circunstancias en las que nos encontrará. Quien duerme corre el riesgo de permanecer esclavo del pecado y no puede ser liberado.

El amo, que ha viajado al extranjero, después de haber dado trabajo a sus siervos y de haberlos invitado a estar alerta hasta su regreso, es el mismo Señor Jesús. En este punto, tenemos que reconocer que todos somos siervos, cada uno con su propia tarea, y guardianes de la puerta en alerta para el regreso de Cristo. Trabajamos y miramos. Nos esforzamos por hacer del Reino una realidad y estamos constantemente esperando la venida de Cristo.

La verdad, sin embargo, es que la mayoría de nosotros somos mejores trabajando que velando. Trabajar es algo que todos conocemos, lo hacemos todos los días. Quizás pasamos por un poco de pereza en nuestras vidas, pero una vez que nos damos cuenta de cuánto podemos ganar en esta vida con el trabajo, encontramos un nuevo enfoque. Muchos de nosotros somos muy buenos trabajando; quizás algunos de nosotros somos demasiado buenos y trabajamos excluyendo la mayoría de las cosas.

Pero trabajar por el Reino de Dios no es un trabajo cualquiera. No se trata simplemente de poner más energía. Se trata de hacer conexiones entre los pueblos, se trata de decir lo correcto en el momento adecuado; se trata de estar en el lugar correcto para una acción correcta, se trata de tocar la vida de los demás, se trata de tender la mano, se trata de amar, cuidar, sanar y perdonar. Estas son cosas que tenemos que hacer en este tiempo de Adviento.

El maestro no nos pidió solo que trabajáramos, sino que también vigiláramos y esperemos. Lo que estamos mirando y esperando es la venida de Cristo. Pero está en la naturaleza misma de Cristo el estar siempre viniendo, siempre llegando de muchas maneras diferentes y en muchas formas variadas.

Para los que tienen ojos para ver, el Señor Jesús viene caminando hacia nosotros todos los días. Para los que lo reconocen, Cristo siempre está cerca. Este es lo que significa velar y estar vigilantes. Se trata aquí de desarrollar algunas habilidades muy particulares para que podamos reconocerlo a Jesús en sus muchas formas. Necesitamos entrenarnos para estar atentos a sus disfraces, para notar las señales de su llegada, para ser conscientes de su presencia. Y, sobre todo, tal vez necesitemos poder disfrutar de su venida, especialmente su venida a nosotros en oración y a través de la Eucaristía.

Permítanme terminar diciendo que es posible que ustedes y yo no nos hayamos apartado de Dios de manera dramática. Aún así, hemos hecho cosas más pequeñas. Pero, si pudieran llevarse a su conclusión lógica, resultarían simplemente en pecado.

Durante el Adviento, debemos estar alerta a los asuntos aparentemente más pequeños que pueden tener enormes consecuencias para nuestra relación con Dios y con nuestros semejantes. Las pequeñas cosas a veces pueden llevar a un final terrible. Podemos superar los grandes desafíos, pero las pequeñas cosas pueden derribarnos. Pidamos al Señor que nos ayude a estar alerta como los cristianos de Corinto para que no nos encuentre durmiendo. Dios los bendiga a todos.

Isaías 63:16b-17,19; 64: 2b-7; 1 Corintios 1: 3-9 Marcos 13: 33-37



Fecha de la Homilía: el 29 de Noviembre, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20201129homilia.pdf